

Paul Lafargue

El derecho a la pereza

Traducción de
Julia Bucci



libros del
Zorzal

icono •

Índice

Prólogo	9
1. Un dogma desastroso	13
2. Bendiciones del trabajo	21
3. Después de la sobreproducción	45
4. Para una nueva melodía, una nueva canción	71
Apéndice	85

Prólogo

En la Comisión de Instrucción Primaria de 1849, el señor Thiers decía: “Quiero que la influencia del clero se vuelva todopoderosa, pues cuento con él para difundir esa buena filosofía que le enseña al hombre que está aquí abajo para sufrir y no esa otra filosofía que, por el contrario, le dice al hombre: ‘Disfruta’”. El señor Thiers formulaba así la moral de la clase burguesa, cuyo egoísmo feroz y cuya limitada inteligencia él encarnó.

Mientras luchaba contra la nobleza, la burguesía, apoyada por el clero, enarboló el libre examen y el ateísmo; pero, tras su triunfo, cambió de tono y de postura; y, hoy, pretende apuntalar su supremacía económica y política con la religión. En los siglos xv y xvi, había retomado alegremente la tradición pagana y glorificaba la

carne y sus pasiones, reprobadas por el cristianismo; en la actualidad, colmada de bienes y placeres, reniega de las enseñanzas de sus pensadores, los Rabelais, los Diderot, y preconiza la abstinencia entre los asalariados. La moral capitalista, triste parodia de la moral cristiana, condena la carne del trabajador; se propone el ideal de reducir al productor a las necesidades más mínimas, de suprimir sus alegrías y sus pasiones y de condenarlo al papel de una máquina que provee trabajo sin tregua ni piedad.

Los socialistas revolucionarios deben recomenzar la lucha que libraron los filósofos y los panfletistas de la burguesía; deben tomar por asalto la moral y las teorías sociales del capitalismo; deben demoler, en las mentes de la clase convocada a la acción, los prejuicios sembrados por la clase reinante; deben proclamar, en las caras de los hipócritas de todas las morales, que la tierra dejará de ser el valle de las lágrimas del trabajador; que, en la sociedad

comunista del futuro que fundaremos “de forma pacífica, de ser posible y, si no, violentamente”, las pasiones de los hombres tendrán total libertad: ya que “todas son buenas por naturaleza, sólo debemos evitar su mala utilización y sus excesos”¹, y éstos sólo se evitarán mediante su mutuo equilibrio, mediante el desarrollo armónico del organismo humano, pues, como dijo el Dr. Beddoe, “una raza alcanza su mayor punto de energía y de vigor moral sólo cuando alcanza su máximo desarrollo físico”. Esa era también la opinión del gran naturalista Charles Darwin².

La refutación de “El derecho al trabajo”³, que aquí reedito con algunas notas adicio-

¹ Descartes, *Les passions de l'âme* [trad. esp.: *Las pasiones del alma*, Buenos Aires, Altamira, 2007].

² Doctor Beddoe, *Memoirs of the Anthropological Society*; Darwin, Charles (1973), *El origen del hombre*, Barcelona, Ediciones Petronio.

³ Tras los sucesos revolucionarios de 1848 en Francia, el socialista Louis Blanc fue el encargado de presidir la comisión del gobierno provisional que se propuso “garantizar la existencia de los trabajadores por medio del trabajo”. Blanc implantó la jornada laboral de diez

PAUL LAFARGUE

nales, se publicó en la segunda serie del semanario *L'Égalité*, de 1880.

P. L.
Cárcel de Sainte-Pélagie, 1883.

horas e impulsó la desastrosa experiencia de los Talleres Nacionales para contrarrestar el paro de obreros desempleados, que sólo en el distrito de París eran alrededor de 100.000. [N. del E.].

1. Un dogma desastroso

“Seamos perezosos en todas las cosas, salvo cuando amamos o bebemos, salvo cuando estamos siendo perezosos.”

Lessing.

Las clases obreras de las naciones donde reina la civilización capitalista están poseídas por una extraña locura. Esa locura acarrea miserias individuales y sociales que, desde hace siglos, torturan a la triste humanidad. Esa locura es el amor por el trabajo, la moribunda pasión por el trabajo, llevada hasta el agotamiento de las fuerzas vitales del individuo y su progenitura. En vez de reaccionar contra esa aberración mental, los curas, los economistas, los moralistas han sacralizado el trabajo. Estos hombres ciegos y limitados

quisieron ser más sabios que su Dios; estos hombres débiles y despreciables quisieron rehabilitar aquello que su Dios había maldecido. Yo, que no me declaro cristiano, austero ni moralista, remito su juicio al de su Dios; las predicciones de su moral religiosa, económica y librepensadora, a las espantosas consecuencias del trabajo en la sociedad capitalista.

En la sociedad capitalista, el trabajo es la causa de toda degeneración intelectual, de toda deformación orgánica. Comparen al purasangre de los establos de Rothschild, atendido por una servidumbre de bimanos, con la pesada bestia de las granjas normandas, que labra la tierra, carga el estiércol, almacena la cosecha. Miren al noble salvaje, al que los misionarios del comercio y los comerciantes de la religión aún no han corrompido con el cristianismo, la sífilis y el dogma del trabajo y, luego, miren

a nuestros miserables sirvientes de las máquinas⁴.

⁴ Los explotadores europeos se detenían sorprendidos delante de la belleza física y la actitud orgullosa de los hombres de las tribus primitivas, no corroídos por lo que Pæppig llamaba el “hálito envenenado de la civilización”. Refiriéndose a los aborígenes de las islas de Oceanía, lord George Campbell escribe: “No existe un pueblo en el mundo que resulte tan sorprendente en el primer acercamiento. Su piel pareja y de una tonalidad levemente cobriza, sus cabellos dorados y ensortijados, su hermoso y alegre rostro, en una palabra, toda su persona, formaban un nuevo y espléndido exponente del ‘genus homo’; su apariencia física daba la sensación de una raza superior a la nuestra”. Los civilizados de la Antigua Roma, los César, los Tácito, contemplaban con la misma admiración a los germanos de las tribus comunistas que invadían el Imperio Romano. Al igual que Tácito, Salviano, el sacerdote del siglo v, al que apodaban el “maestro de los obispos”, daba como ejemplo a los bárbaros a los civilizados y los cristianos: “Nosotros somos impúdicos entre los bárbaros, que son más castos que nosotros. Más aún, los bárbaros se mortifican con nuestras impudicias, los godos no lamentan que haya entre ellos perversos de su nación; solos entre ellos, por el triste privilegio de su nacionalidad y de su nombre, los romanos tienen derecho a ser impuros (en ese entonces, la pederastia estaba muy de moda entre los paganos y los cristianos...) Los oprimidos se van a la tierra de los bárbaros en busca de humanidad y protección”. (De Gubernatione Dei). La antigua civilización,

Cuando en nuestra Europa civilizada queremos encontrar un rastro de la belleza nativa del hombre, debemos ir a buscarlo en las naciones donde los prejuicios económicos aún no han desterrado el odio por el trabajo. España que, por desgracia, se está degenerando, aún puede jactarse de tener menos fábricas que nosotros prisiones y cuarteles; pero el artista se regocija admirando al audaz andaluz, moreno

el cristianismo envejecido y la civilización capitalista moderna corrompen a los salvajes del nuevo mundo. M. F. Le Play, cuya habilidad de observación debemos reconocer si bien rechazamos sus conclusiones sociológicas, teñidas de prudhonismo filantrópico y cristiano, dice en su libro *Les ouvriers européens* [*Los obreros europeos*] (1885): “La propensión de los bashkirios a la pereza [los bashkirios son pastores seminómades de la vertiente asiática del Ural]; las distracciones de la vida nómade, las costumbres de meditación que hacen nacer en los individuos más talentosos con frecuencia comunican a estos una distinción de modales, una fineza de la inteligencia y del juicio que pocas veces se observan en el mismo nivel social en una civilización más desarrollada [...] Lo que más aborrecen son los trabajos agrícolas; hacen cualquier cosa antes que aceptar el oficio de agricultor”. En efecto, la agricultura es la primera manifestación del trabajo servil en la humanidad. Según la tradición bíblica, el primer criminal, Caín, es un agricultor.